



Novedades

20/04/2009

Política

De la caída del muro de Berlín al derrumbe de Wall Street

13/04/2009

Política

Chile y el populismo

13/04/2009

Economía

Rififi entre los hombres, la guerra de las farmacias

06/04/2009

Política

Por un puñado de dólares

06/04/2009

Política

Una mirada a la crisis global desde el progresismo (notas acerca de una Cumbre)

06/04/2009

Sociedad

La naturalización de las violencias en el espacio escolar en Chile

30/03/2009

Política

Pensar y proponer un orden global progresista post-neoliberal

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

De la caída del muro de Berlín al derrumbe de Wall Street

Sergio Micco Aguayo (1)

Introducción

Algunos temen que la actual crisis financiera global sea utilizada como pretexto para disparar, con la medida de Pancho Villa entrando a un poblado "yankee", en contra de la economía de mercado. Un fantasma alimenta el temor. El 9 de noviembre se cumplen veinte años del derrumbe de los socialismos reales occidentales. Con cabalística superstición, algunos se preguntan si no será que el fantasma de Carlos Marx viene a cobrar venganza contra el bueno de Adam Smith. En este contexto y sentido, el economista Hernán Cheyre, en una columna de opinión publicada en El Mercurio del 8 de abril, expresa que "La caída del muro de Berlín no es comparable con el derrumbe de Wall Street". Ello, porque "el primero cayó porque los sistemas socialistas son intrínsecamente ineficaces para resolver los problemas económicos más fundamentales que enfrentan los países" y, por lo tanto, "no tiene ninguna opción de ser reconstruido". Incluso, cuando piensa en las motivaciones del orden social ganador, declara que "la búsqueda de un mayor bienestar personal, la codicia, las ansias de poder", etc. son las categorías consustanciales al ser humano, con las cuales debemos convivir y convertirlas en fuerza creadora.

El tema me seduce (2). Desde nuestro interrumpido diálogo con Antonio Cortés, me repugna la idea que el cambio político hoy en día consista simplemente en mejorar la administración del actual estado de cosas. Antonio llegó a profetizar que estábamos llamados a la "profundización del continuismo" porque, entre otras razones, no existía una propuesta coherente de sociedad, alternativa a la liberal. Ello no es, a mi entender, otra consecuencia más del derrumbe de 1989, que dejó a tan mal traer a los críticos del capitalismo. Algo de ello veo en el artículo que comento. Nótese que Cheyre parece dar por hecho que la alternativa a la ciudad levantada en torno a Wall Street es la que se ubicaba al oriente del Muro de Berlín. Capitalismo o comunismo, lo demás es poesía. En segundo lugar, identifica al régimen caído en 1989 con el socialismo a secas. Por último, pareciera ser que esa sociedad, socialista al decir de Cheyre, cayó por su incapacidad económica o, por lo menos, al situar en razones económicas su fracaso, sitúa ahí el debate.

Sobre el tema de las alternativas que tenemos disponibles tras 1989 y el 2009 me ocuparé en otra ocasión. Con los lectores de Asuntos Públicos me comprometo a tratarlo a propósito de los distintos capitalismos hoy existentes y en pugna. Mas hoy, quiero analizar las razones que se esconden detrás del feliz acontecimiento de 1989. Buscando en el pensamiento de importantes críticos del socialismo real, que fue lo que cayó en Berlín un 9 de noviembre, afirmaré que las causas de tal derrumbe fueron mucho más complejas que las simplemente económicas (A Dios gracias y cuestión no menor pues equivocarse en el diagnóstico asegura una terapia errada sin más). En este artículo me restringiré a analizar las causas de la caída a la luz del pensamiento de un socialista como Norberto Bobbio y de un neoliberal como Friedrich von Hayek. En un posterior artículo hablaré de tres actores reales de esta caída: Karol Wojtyla, Ronald Reagan y Mikhail Gorbachov. Hecho lo cual, haré algunas reflexiones acerca de si la sociedad de Wall Street resistirá a los embates de esas fuerzas que derribaron el muro de Berlín.

Una aclaración inicial: las ideas sí importan y pueden cambiar la mente y el corazón humanos

Parto por ubicarme en las antípodas de la aproximación al tema por parte de Hernán Cheyre. Él analiza las causas de la caída del muro en el orden material – la economía – de la vida. Yo partiré por analizar las causas que denominaré espirituales, aunque con más precisión debieran llamarse ideológicas. Para fundar mi punto de partida invocaré el pensamiento de un enemigo furibundo del comunismo soviético y amigo declarado de las libertades económicas que defiende Cheyre, me refiero a Isaiah Berlin.

Teniendo siete años, durante la revolución de febrero de 1917 en Petrogrado, vio como un policía leal al Zar, con la cara blanca de terror, era arrastrado a la muerte por una turba. Le causó tal impresión que nunca lo olvidó. Por ello, a Isaiah Berlin le dolían las vacilaciones de muchos intelectuales ante el régimen soviético. El 31 de octubre de 1958 dictó una memorable charla en Oxford en que defendió la libertad negativa del liberalismo en contra de la positiva que tanto seducía a los socialdemócratas. Me interesa destacar que dicha clarinada liberal partía con una fuerte defensa de la importancia de las ideas en el curso de la historia humana. A Berlin le parecía peligroso el descuido de las ideas, pues “éstas pueden adquirir una fuerza ilimitada y un poder irresistible sobre las multitudes humanas hasta hacerlas tan violentas que se vuelvan insensibles a la crítica racional” (3). Las ideas concebidas en el despacho de un profesor podían destruir una civilización. Rousseau era el arma ensangrentada que utilizó Robespierre para decapitar el Antiguo Régimen, como Kant fue el puñal que mató el deísmo alemán y el romanticismo alemán de Fichte y Schelling, más el ideal de “súper hombre” de Nietzsche, se volvieron, bajo la dirección de Hitler, en contra del liberalismo occidental.

Luego, las ideas importan y mucho a la hora de explicar los cursos y decursos de la historia. Se me viene a la memoria una película proyectada en “Semana Santa”. Se trata de “Conspiración para matar a un sacerdote”, que relata la historia del sacerdote polaco, partidario de Solidaridad, Jerzy Popieluszko, interpretado por Christopher Lambert. En 1984 el sacerdote, al negarse a guardar silencio, incluso ordenado por su jerarquía, fue asesinado por un capitán de la policía política comunista. Ante la reacción horrorizada de medio millón de polacos, el asesino cae en desgracia y lo pierde todo. Su familia se cambia de apellido y sus jefes le dan la espalda. El capitán, personificado magistralmente por Ed Harris, declara ante su fiscal que nada importa salvo que su hijo sea un buen polaco y un buen comunista, pues la historia le daría la razón. Como buen comunista ha sido formado en las leyes del materialismo histórico y dialéctico, él defiende ideas científicas que se impondrán. Lo demás es sensiblería y moral burguesas. Y muchos lo creyeron. ¿Cómo no iba a ser impresionante que un movimiento político marginal en 1916, al cabo de

cincuenta años fuese capaz de controlar un tercio de la humanidad, de la economía y de la geografía del mundo? ¿Cuántos creyeron ver en la caída de la bolsa de Wall Street en 1929 la confirmación evidente de las profecías marxistas acerca de que las contradicciones internas del capitalismo terminarían por destruirlo? Marx poseía la clave interpretativa de la historia, inútil resistirse.

Hecha esta afirmación inicial, partamos pues por las razones del espíritu que se han esgrimido para explicar el desplome del socialismo real.

Las razones aportadas por un filósofo socialista

Norberto Bobbio fue un filósofo socialista liberal italiano quien, tras superar la dictadura fascista, tuvo que batallar muy duramente contra el dogmatismo de los comunistas de su amada Italia. Pero a diferencia de Berlin, criticaba al marxismo desde la perspectiva de conciliar la libertad con el socialismo. Desde los textos mismos del marxismo quiso plantear una posición que sin ser antimarxista, no era marxista. Sabía del poder del movimiento comunista que descansaba en la simpatía que millones sentían por quienes decían estar junto a los pobres y proletarios del mundo, explotados sin misericordia por el capitalismo manchesteriano. Movimiento que había realizado, a partir de Leningrado, un hecho impresionante como fue la derrota del nazismo, adjudicándole a Stalin la condición de héroe. Partido que había reconstruido un país en ruinas, industrializándolo y llevando al primer hombre al espacio sideral: Yuri Gagarin. Los países que se descolonizaban en Asia y África se rendían a su influjo; Socialismo africano y Vietnam heroico. En América Latina, unos jóvenes barbudos proclamaban su revolución, uniendo a José Martí con Kart Marx, y partiendo a combatir a Angola. Cuando Kennedy llegó al poder se planteó como una nueva generación, las de los sesenta, que iba a revitalizar a una democracia liberal y a un capitalismo agonizantes. Ese fue el genio histórico del líder que desafió a la Unión Soviética, que la vencería incluso llegando primero a la Luna.

Sin embargo, Bobbio, sabía que el influjo marxista sobre las élites políticas; intelectuales; educativas; comunicacionales y profesionales se daba por la fuerza de sus ideas que parecían, paso a paso, ir haciéndose realidad. Lo que tranquilizaba la conciencia del asesino del sacerdote Jerzy Popieluszko y que daba base a una férrea convicción a intelectuales, de la talla de Jean Paul Sartre, lo había afirmado Lenin: "La doctrina de Marx es omnipotente porque es justa. Es completa y armónica, y da a los hombres una conciencia integral del mundo, que no puede conciliarse con ninguna superstición, con ninguna reacción, con ninguna defensa de la opresión burguesa. El marxismo es el sucesor legítimo de todo aquello de lo mejor que ha creado la humanidad durante el siglo XIX: la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés" (4).

Norberto Bobbio en 1956 consideraba, no sin el abierto rechazo de la mayoría de sus amigos intelectuales, que la pretensión científica del marxismo estaba invalidada por los siguientes vicios: a) utopismo de llegar a creer en un hombre nuevo y una sociedad nueva, pues Bobbio había conocido muy bien el fondo del corazón humano en la Italia fascista de su juventud; b) una filosofía de la historia basada en un esquema rígido que terminaba en una sociedad sin clases y sin Estado, lo cual era desmentido por la propia experiencia soviética; c) una total minusvaloración de la política que era vista como un epifenómeno de las relaciones económicas, sin ver su autonomía y la importancia de ella para explicar la historia y lograr vivir en una sociedad justa.

Así, y en lo que nos importa, en 1984 la fe del capitán de la policía política polaca ya no estaba justificada. En efecto, a fines del siglo XIX el preanunciado derrumbe del capitalismo no había sucedido. La extensión del capitalismo al mundo, en la forma del imperialismo, y la forma como Franklin D. Roosevelt había superado el crack de 1929, habían mostrado la vitalidad de la bestia negra del comunismo. Luego, vino el sorpresivo hecho que, sobre la base de la férrea disciplina y genio político del partido comunista bolchevique, se produjo la primera revolución proletaria en Rusia, donde la inmensa mayoría de la población era campesina y vivía en un régimen feudal, sujeta al poder de terratenientes y oligarcas y no de burgueses capitalistas, no estaban dadas las condiciones objetivas para la revolución prevista por Marx. Finalmente, una vez acontecida la revolución, ahí donde no debió suceder, el Estado no sólo no se extinguió sino que se reforzó bajo la forma del totalitarismo y la economía centralmente planificada.

En la ciudad de Turín, en 1992, llamando a releer a Marx tras el diluvio y el derrumbe del universo soviético, Norberto Bobbio señalaba que no era raro que mucho antes de 1989, los fieles creyentes comenzaran a preguntarse si Marx no era en realidad un falso profeta y su pensamiento mala ciencia. Las ideas sí importan, y al fallar en su capacidad de interpretar adecuadamente la vida de los pueblos y de previsión del futuro, terminan por minar la moral de combate de sus seguidores. Al final, lo que quedaba al otro lado del muro de Berlín era, a juicio de Václav Havel, una terrible y destructora hipocresía. Todos hacían como que creían, pero nadie lo hacía pues todos sabían que vivían en la mentira. Prueba desoladora hasta para el más cínico de los hombres. Lo que para uno puede ser viable, para los muchos no lo es, pues mentirse todos, toda la vida, no es posible. La realidad y la verdad se tomarán la revancha. Aunque les tome cien años. "No hay mal que dure cien años, ni tonto que lo resista".

Las razones de la filosofía neoliberal

En 1988, un año antes de la caída del muro de Berlín, un terrible enemigo del socialismo las emprende en contra de los intelectuales que han abrazado la economía centralmente planificada. ¿De qué los acusa?, de arrogantes., de creer que la forma como ellos entienden la ciencia, es decir, constructivista; cartesiana y positivista, es la única verdadera y que tal artificio humano es capaz de organizar la sociedad a su real saber y entender. La ciencia así no tendría límites en su capacidad de hacer ingeniería social. Friedrich August von Hayek quiere aportar un poco de humildad y realismo a la arrogancia de los intelectuales. Para eso escudriña la obra de Hume, Mandeville y Smith y apuesta a la capacidad de los individuos para conocer mejor que nadie sus intenciones, intereses y posibilidades (5). La civilización, su origen y su mantenimiento, dependen de la cooperación humana que ha cristalizado en lo que se ha denominado como capitalismo. Y este orden social extenso de cooperación surge de forma no deliberada y como acumulación de procesos espontáneos que han generado hábitos morales que han demostrado ser válidos y eficaces (6).

La arrogancia de los intelectuales socialistas supuso creer que podían acceder a la integridad de la información necesaria, que en una economía de mercado es aportada por miles y miles de demandantes y oferentes. El mercado sería reemplazado por un comité de expertos, cada uno de ellos debería aportar la información de los recursos y necesidades presentes en la sociedad y, peor aún, cada comité de expertos debería coordinarse entre sí y con las autoridades centrales para que la planificación económica se ajustase a la realidad y cumpliera sus objetivos. Así, el orden extenso y espontáneo es reemplazado por una autoridad centralizada que controla el comportamiento de todos y asigna colectivamente los recursos productivos.

Para Hayek, tal arrogancia estaba condenada fatalmente al fracaso desde sus inicios. Sólo un orden espontáneo como es el mercado, que ha nacido tras una evolución imprevisible de miles de años, puede asumir esa tarea. Veamos los límites que debe tener todo intelectual presente al actuar sobre la sociedad. Se trata de una apretada síntesis del pensamiento del intelectual liberal. En primer lugar, nuestro conocimiento fáctico es limitado y parcial por definición. Cuando hablamos de sociedades integradas por millones de personas ordenar la sociedad es planificar lo desconocido. Además las consecuencias de nuestras acciones van mucho más allá de nuestros propósitos, intenciones y sensaciones, normalmente bastante vagas. En este aspecto, se nos viene a la cabeza el pensamiento de Edgar Morin quien ha hablado del error y la ilusión como cegueras del conocimiento (7). En segundo lugar, muchas veces el azar juega un papel central, no así la justicia ni el mérito, en la determinación de quien accede al poder y quien fracasa. Lo anterior no es justo, es incluso cruel, pero es así. En tercer lugar, incluso la información que poseemos no es comunicable totalmente. Sólo lo hacemos en forma fragmentaria y cuando se presenta la oportunidad precisa. En cuarto lugar, podemos saber muy bien qué queremos o debemos hacer, pero una cosa muy distinta es tener la información, capacidad y recursos para hacerlo. En quinto lugar, el intelectual, como persona de la palabra, debe evitar siempre imponer fines, pues sabe muy bien que la sociedad actual es pluralista y en ella existen personas dotadas de multiplicidad de finalidades y diversidad que permiten el avance del desarrollo humano. En sexto lugar, las buenas intenciones no bastan, sobre todo en los órdenes extensos, donde la multiplicidad de actores y hechos hacen imposible la previsión más posible en la pequeña comunidad altruista o solidaria.

En suma, la causa filosófica del desastre de 1989 es el fanatismo de los intelectuales que abrazaron verdaderas "religiones seculares" y que creyeron poder planificar una sociedad de arriba a abajo. Al final, sólo habían delineado un "Camino de servidumbre" como lo dijera Hayek en la década de los cuarenta.

Conclusión provisional

Sabemos que la historia no es sólo escenario de luchas ideológicas. Muchas veces invocamos los más altos ideales filosóficos como acto de propaganda servil puesto al servicio del desnudo interés material que queremos imponer por la razón o por la fuerza. ¿Cuántas guerras se han dado al grito de "Dios lo quiere" para terminar descubriendo que Dios no lo quería, pero sí el ambicioso y codicioso de turno?

Muchas veces el ruido y la furia de la historia se expresan a través de los cañones bélicos y los discursos políticos. Por eso, en un segundo momento, pasaremos a escuchar a los hombres y mujeres de acción, actores claves en 1989. Por cierto, estamos pensando en un sacerdote polaco, obispo de Cracovia llamado Karol Wojtila, en un actor norteamericano de nombre Ronald Reagan y en un ilustrado burócrata ruso, Mijail Gorbachov. Pero no nos apresuremos. Eso será materia de otra reflexión acerca de 1989. Los límites editoriales de Asuntos Públicos no son cosa de tomarse a la ligera.

Pero aprovechemos de dejar establecido un solo hecho. Las ideas sí importan. Los propios críticos del socialismo real van mucho más allá de causas materiales para explicarse la caída del muro de Berlín. Luego, es grave error restringir el debate a causas principales o exclusivamente económicas. Que esto tiene importancia lo tiene, pues al pensar en una nueva etapa del desarrollo de nuestro país, tras 1989 y 2009, nunca deberemos olvidar que el desarrollo es mucho más que la elevación de las condiciones materiales de las personas y pueblos. El propio Juan Pablo II, adversario implacable del comunismo, lo advertía en 1991 al mirar el futuro. Lo hacía reiterando que la dimensión integral de lo humano nos lleva

a levantar una sociedad en que el bienestar material de todos se funde en “el trabajo solidario una vida más digna, hacer crecer efectivamente la dignidad y la creatividad de toda persona, su capacidad de responder a la propia vocación y, por tanto, a la llamada de Dios” (Centessimus Annus 29) Creo que Hernán Cheyre coincidiría conmigo en que el actual capitalismo global está muy lejos de satisfacer esta alta exigencia, aunque me reclamaría que menos lo logrará el socialismo. Pero esto último es harina de otro costal.

-
- (1) Sergio Micco Aguayo., Abogado, Master en Ciencia Política y Doctor en Filosofía.
 - (2) Ver: Contra el pesimismo tranquilo de Antonio Cortés y el incorregible sentido común de Andrés Sanfuentes, informe 681 y El estado, el mercado y la comunidad tras 1989, informe 684.
 - (3) Berlin, Isaiah; Sobre la libertad; Alianza Editorial; Madrid; España; 2008; pp. 206
 - (4) Bobbio, Norberto: Ni con Marx ni contra Marx; Fondo de Cultura Económica; México; 1999; pp. 64
 - (5) Hayek, F.A.; La fatal arrogancia; Los errores del socialismo; Vol I; Unión Editorial; Madrid; España; 1990; pp. 37.
 - (6) *Ibíd*em; pp. 117.
 - (7) Morin, Edgar; Los siete saberes necesarios para la educación del futuro; Piados; Barcelona; España; 2001; pp. 25 y ss.